

mar a los rebeldes de los Países Bajos, para que se muevan, como ya lo han hecho, pues se han apoderado de toda Zelandia y producido notables alteraciones en Holanda. He ajustado una alianza con la reina de Inglaterra y envío allá a mi primo, el duque de Montmorency, lo cual llena a los españoles de extraordinaria envidia, así como las relaciones que tengo con los príncipes de Alemania» (1).

El volver a entrar la política francesa por el camino de los hugonotes y de sus aliados trajo consigo grandes peligros para los católicos de Francia. Pero no tenían todavía que desalentarse; porque durante las arduas luchas que hubieron de sostener por su existencia, había comenzado su interior fortalecimiento.

Pío V había intervenido también en esto con celo apostólico. No sólo estaba incesantemente solícito por la conservación de la pureza de la fe en Francia (2), sino asimismo por la renovación de la vida católica y la supresión de los abusos en el terreno eclesiástico. Luego al principio de su pontificado instó la ejecución de los decretos tridentinos y el recto ejercicio del derecho de nombramiento para las sedes episcopales, concedido por el concordato al gobierno francés. En Aviñón dió él mismo ejemplo de cómo se debían poner en práctica las reformas del concilio tridentino (3). Con todas las personas ilustradas reconoció también él, que un rigor sanguinario quedaría al fin sin resultado, si no se suprimía el perverso estado de cosas que se iba engendrando, especialmente con el abuso de las facultades del concordato (4). El 8 de marzo

(1) Kervyn de Lettenhove, II, 354 s. De Noailles, Henry de Valois, I, París, 1867, 9.

(2) Además de la acción contra los obispos herejes, de que se ha hablado ya arriba, página 93, merecen también notarse, fuera de los breves de Pío V publicados por Laderchi (v. especialmente 1567, n. 160, 169), los siguientes inéditos: \*Cardi Crequy, de 17 de julio de 1566 (Arm. 44, t. XII, n. 96), \*Honorable de Sabaudia, comiti Tendae, de 7 de agosto de 1566: contra la herejía en la Saboya francesa (ibid., n. 99), \*Cardi de Armeniaco, de 10 de febrero de 1568 (ibid., t. XIII, p. 147), \*Communit. comit. Venaissini, de 2 de mayo de 1569, Episc. Vertudonensi, de 7 de mayo de 1569 (loco cit., t. XIV, p. 107), \*Comiti Tendae, de 30 de diciembre de 1569 (ibid., p. 320), *Archivo secreto pontificio*. La propagación de la herejía en Francia la bosqueja A. Contarini (p. 242) en febrero de 1572, de esta manera: las regiones más inficionadas son la Guayana, Gascuña y el Poitou, y las menos contagiadas Borgoña, la Champagne y la Isla de Francia.

(3) V. Ciaconio, III, 1020.

(4) Cf. especialmente las explicaciones de J. Correro (p. 189 ss., 192), que muestran que en este respecto andaban las cosas tan mal como antes (v. nuestros datos del vol. XIII, 201). Correro hace notar muy bien, que si no

de 1566 escribía el Papa a Carlos IX y Catalina de Médicis, que para desarraigar la herejía era ante todo necesario que se proveyesen bien las sedes episcopales, y que sus poseedores, como los demás que tenían cura de almas, guardasen la residencia según los decretos del concilio de Trento (1). Por algún tiempo pareció que Carlos IX tomaba en consideración las palabras del Papa, pero presto se mostró que a pesar de todas las ulteriores exhortaciones persistía sin previsión en el antiguo sendero, que era tan cómodo y tantos provechos materiales ofrecía. Con mordaz ironía describe el embajador Juan Correro en su relación de junio de 1569, cómo los cargos y bienes de la Iglesia se dejaban abandonados a la codicia del rey. Dice que parecía a su majestad una cosa agradable distribuir 106 obispados, 17 arzobispados, de 600 a 700 abadías y otros tantos prioratos, y con esto, sin abrir su bolsa, pagar sus deudas, recompensar a sus grandes y dotar a sus hijas. Que el abuso practicado de esta manera había llegado a tal punto, que en la corte francesa se comerciaba con obispados y abadías como en otras partes con pimienta y canela. Que el desorden era tan notorio, que todo el mundo escribía sobre él y confesaba que estaba aquí la raíz del mal. Que todas las promesas de la reina de atajar este abuso habían sido vanas palabras (2).

Tales promesas se hicieron también al cardenal Bonelli todavía en 1572; pero no se efectuó ninguna mudanza. Como el Papa estaba atado por el concordato, no le quedaba sino aguardar para no empeorar todavía más la situación (3). Pero cuando podía hacer oposición con probabilidades de buen éxito, se negaba a confirmar a alguno nombrado por el rey (4).

Que nada absolutamente se podía esperar de la corte real para la interior transformación de la Iglesia en Francia, demostró todavía con más claridad el amparo que prestó a los obispos depuestos por herejías, y al en otro tiempo cardenal Châtillon, que abiertamente se había pasado a los calvinistas, y casándose el 1.º de

se tenía cuidado de que hubiese buenos obispos que enseñasen la reforma con la palabra y el ejemplo, era todo inútil, aun cuando se procediese a sangre y fuego. V. también A. Contarini, 243.

(1) V. en el n.º 1 del apéndice el \*breve tomado del *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Correro, 192-193.

(3) Cf. A. Contarini, 251, 267; Türke, 24.

(4) Puede verse un ejemplo en Laderchi, 1569, n. 149.

diciembre de 1564 (1). El proceder del Papa contra estos preladados olvidados de su deber estaba tan completamente justificado desde el punto de vista católico, que en este asunto se podía esperar con razón el apoyo del hijo primogénito de la Iglesia (2). Pero éste en mayor estima tenía las llamadas libertades de la Iglesia galicana y sus fines políticos, e hizo poco caso de todas las representaciones del Papa. Sin embargo Pío V no decayó de ánimo. Todavía en un breve de 14 de octubre de 1570 lamentaba la «ignominia» de que Juan de Montluc, depuesto en 1566, continuase poseyendo el obispado de Valence (3). El nuncio Frangipani dijo a Carlos IX en su cara, a causa de haberse puesto de parte de Châtillon, que se exponía con ello al peligro de adquirir fama de ser un rey cismático (4).

Al terrible daño que se causó a la Iglesia católica de Francia con esta actitud del gobierno, añadiéronse todavía las enormes pérdidas materiales que le acarrearón las guerras de religión. Opinaba un embajador, que en diez años no se podría volver a construir el gran número de iglesias destruídas, las cuales aun en sus ruinas excitaban todavía admiración. Según el juicio de Correro, el clero estaba arruinado, pues prescindiendo de los bienes eclesiásticos vendidos por orden del Papa, desde 1561 había tenido que dar más de doce millones de escudos, lo cual era sin embargo una nadería en comparación del perjuicio que le habían causado los soldados, así de los enemigos como de los amigos (5).

A pesar de lo cual esta terrible tribulación tuvo también sus ventajas para los católicos franceses. Ya durante la primera guerra de religión, las violencias y crímenes de los hugonotes produjeron una mudanza: la vista de las iglesias destruídas y altares derribados, el despojo y asesinato de indefensos sacerdotes, frailes y monjas, perpetrados en nombre de la nueva religión, persuadieron a muchos que se habían dejado deslumbrar por la

(1) Cf. Merki, Coligny, 342.

(2) Juicio de Polenz (II, 301).

(3) Este \*\*breve, que se conserva en el *Archivo secreto pontificio*, se le ha pasado inadvertido a Degert (p. 105).

(4) \*In quel di Ciattiglione mi sono aperto a dirne amorevolmente al Re insino al pericolo che incorre di acquistarsi nome di Re scismatico in vece di quel che ha di Christianissimo. Carta fechada en París a 30 de septiembre de 1570, Nunziat. di Francia, IV, 48, *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. Correro, 186. Cf. H. Furgeot, L'aliénation des biens du clergé sous Charles IX, en la *Revue des quest. hist.*, XXIX, 448 s.

apariencia de mayor austeridad y piedad del calvinismo, de que éste era todo lo contrario, y les mostraron de nuevo el camino de la Iglesia católica. La segunda guerra de religión tuvo por consecuencia que las ciudades más importantes no quisieron tolerar más predicaciones calvinistas, a pesar de las determinaciones de la paz de Longjumeau. Los católicos comenzaron a defenderse enérgicamente (1). Dice Correro, que antes se habían intimidado, no por haber sido inferiores en número, pues del pueblo sencillo apenas la treintava parte era hugonote, y de la nobleza positivamente la tercera parte, sino porque los hugonotes estaban organizados y unidos admirablemente, al paso que los católicos divididos y negligentes lo esperaban todo del gobierno. Que cuando quedaron libres de esta ilusión por la actitud lamentable de la corte, se habían unido como despertando del sueño y opúéstose briosamente al enemigo. Que el decurso de la misma guerra había privado a los hugonotes de la superioridad moral, prescindiendo de que habían perdido en ella a Condé, Andelot, Wolfango de Zweibrücken y otros caudillos (2). Contra los hugonotes, que aun en la vida civil se apartaban del modo de ser nacional, se sublevó además, al principio inconscientemente, la propensión a la unidad profundamente arraigada en el carácter del pueblo francés (3). Fué también de influencia en la mudanza de los ánimos el que Pedro de Ronsard, fundador del clasicismo francés, se pusiese resueltamente de parte de la antigua Iglesia, y en sus escritos

(1) Cf. la memoria de Frangipani citada arriba, p. 115, nota 1; A. Contarini, 244; Bauer, T. Beza, II, Leipzig, 1851, 611; Picot, I, 15 s., 19. Todavía hoy se pueden reconocer en muchas partes las huellas de la devastación que acabó con innumerables obras de arte. Entre las bibliotecas destruídas la más valiosa fué sin duda la de Cluny. Cuanto a la cambiada disposición de ánimo del pueblo cf. Chanson populaire contre les Huguenots (1566) en el Bull. de la Soc. d'hist. de France, I, 2 (1834), 165 ss. Sólo de la Orden de los franciscanos enumeráanse por su nombre en Francia para el tiempo que corre desde 1560 hasta 1580, unos doscientos mártires (v. Gaudencio, 110). De hecho el número fue todavía mayor, porque muchas veces eran destruídos monasterios enteros—cuéntanse de ellos unos ciento—y pasados a cuchillo sus moradores, sin que se anotasen sus nombres (v. Holzapfel, 480).

(2) Correro, 186-187. Los datos numéricos de Correro sólo tienen naturalmente relativa importancia. Con todo dice también Frangipani en su memoria citada arriba, p. 115, nota 1: Per due Ugonotti che siano nel regno si ode calcolare che si ha da contraporre più di otto cattolici.

(3) Cf. Elkan, Die Publizistik der Bartholomäusnacht, Heidelberg, 1905, 16, 141 s., y Platzhoff en los Anuarios Prusianos, CL, 54 s.

combatiese abiertamente a los hugonotes como a falseadores de la religión cristiana y enemigos del Estado (1).

El perspicaz Corroero hizo aún otra observación tocante al cambio de actitud de los católicos franceses respecto del Papa, el cual, según él, había más ganado que perdido durante las últimas revueltas; pues antes de la escisión religiosa, prosigue Corroero, era en la generalidad de los franceses muy poca la inclinación a Roma, porque consideraban al Papa más como a un gran príncipe italiano que como a cabeza de la Iglesia y su Pastor común. Pero luego que se presentaron los hugonotes, comenzaron los católicos a venerarle de nuevo y reconocerle como a verdadero Vicario de Jesucristo, en lo cual se afirmaban cada día más, cuanto más violentamente era despreciado y combatido por los calvinistas. Hasta los muchos que se cuidaban poco de la religión, y sólo querían ser buenos servidores del rey, honran ahora más que de costumbre al Papa, para mostrarse adversarios de los hugonotes. Muy extraordinariamente ha contribuido a aumentar la autoridad de la Santa Sede la vida y conducta del Papa actual. Las reformas efectuadas en Roma agradan extraordinariamente. Se admira también como algo no oído desde muchos años, la moderación de Pío V con sus parientes, a los cuales no quiso elevar a condes, marqueses o duques, sino los dejó en su anterior modesta posición. Sólo esto bastaba para hacerle parecer al pueblo como hombre santo que no pretende ningunos fines particulares, sino únicamente el bien común, cuyos pensamientos van sólo dirigidos a extirpar las herejías, suprimir los abusos de la Iglesia y reducir a los sacerdotes a una vida sencilla y laudable. Los mismos hugonotes nada hallan que poder vituperar en este Papa, y dicen que Su Santidad tiene buena conciencia. Tan grande es la impresión que causa la pureza de su vida, que se granjea elogios hasta de sus enemigos (2).

(1) V. especialmente su *Rémonstrance au peuple de France*, 1563. Cf. Baumgartner, *Historia de la literatura universal*, V, 265; Perdrizet, R. et la *réforme*, París, 1903. Es célebre el pasaje en que Ronsard hace responsable a Beza de las horribles devastaciones, preguntándole cómo se atrevía a predicar:

Un Christ tout noircy de fumée  
Portant un morion en teste et dans la main  
Un large coutelas rouge de sang humain.

V. Kervyn de Lettenhove, I, 79.

(2) Corroero, 207.

Esta elevación del crédito pontificio, como en general la renovación de la Iglesia católica en Francia, que lentamente comenzaba, tenía estrecha relación con la callada, pero perseverante actividad de las nuevas Ordenes religiosas (1). Además de los capuchinos, que en 1568 procuraron establecerse en Francia (2), ofrécese aquí a la consideración sobre todo los jesuitas. Favoreciéles a éstos el haber poseído en Edmundo Auger, Antonio Posevino y Oliverio Manareo, varones apostólicos que se consagraron con extraordinario fruto al trabajo de misionar. Las noticias acerca de la labor de sus ministerios dan testimonio de que aun aquellos que estaban ya notablemente influídos por las novedades religiosas, corrían a pesar de esto presurosos a oír sus sermones, y se rendían a la razón con relativa facilidad. En 1566 Auger fué invitado por las autoridades a ir a Tolosa; los más calificados varones de la ciudad y unos mil estudiantes de la universidad, muchos de los cuales se inclinaban al calvinismo, seguían sus conferencias con extraordinaria atención, la universidad quiso nombrarle doctor, y el cabildo le convidó a predicar la próxima cuaresma en la catedral (3). Felices éxitos parecidos alcanzó en París. Las iglesias estaban llenas hasta rebosar en sus sermones, se le invitó a hablar delante de la corte, y las personas más elevadas de la nación aceptaban la dedicatoria de sus opúsculos (4). En Dieppe por la influencia de Inglaterra había conseguido el protestantismo casi completo dominio. Las iglesias estaban destruídas, excepto una sola, en la que sin embargo habían sido hechos pedazos los altares, las cruces y las imágenes de los santos. Después de los sermones de Posevino en 1570 se presentaron a pesar de esto pocos días más tarde dos mil quinientos hugonotes, solicitando su admisión en la antigua Iglesia, y el sucesor de Posevino,

(1) Ya han hecho notar esto Ranke (*Los Papas*, II<sup>o</sup>, 95 s.) y Polenz (II, 287 s.). Cf. también Baudrillart en *La France chrét.*, París, 1895, 363. De las antiguas Ordenes religiosas procuró Pío V reformar y regenerar especialmente a los dominicos; v. su \*breve a Carlos IX, en el que ruega a éste, que apoye al general de los dominicos en su labor emprendida en Francia. Arm. 44, tomo XVI, p. 183, *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. *Documents pour servir à l'histoire de l'établissement des Capucins en France, 1568-1585*, París, 1894, 1 ss. El *Titre de fondation du couvent des Capucins de la rue St. Honoré de Paris*, fechado en 4 de septiembre de 1568, se halla en el *Bulletin de la Soc. d'hist. de Paris*, 1889, Nov.-Déc.

(3) Fouqueray, I, 533 ss.

(4) *Ibid.*, 535.

Manareo, pudo conceder la admisión a cuatro mil calvinistas; en pocos meses habían los dos predicadores cambiado enteramente el aspecto religioso de la ciudad (1).

Muchísimo contribuyó a estos buenos sucesos el que Posevino y Auger no sólo estuviesen dotados de muy sólida formación teológica y del entonces tan apreciado conocimiento de las lenguas antiguas, sino también edificasen con toda su manera de proceder y con su celo religioso, y mostrasen principalmente con su cuidado de los enfermos, pobres y desamparados, que tenían el verdadero espíritu del cristianismo. Auger predicaba en París preferentemente en las cárceles y hospitales (2). En Lyon, donde convirtió casi a dos mil hugonotes, fundó una asociación de doscientas señoras, que dos veces por semana iban a los hospitales para servir a los enfermos (3). Poco después acompañó al duque de Anjou en su expedición militar, haciéndose cargo de la asistencia espiritual de los soldados (4). Posevino, que predicó en 1568 en la catedral de Marsella, visitaba al mismo tiempo el orfanotrofio de la ciudad y enseñaba a los niños los principios elementales de la religión. Edificaba singularmente el interés que tomaba por los galeotes enteramente desamparados (5). Auger contrajo un mérito imperecedero con la Francia católica publicando sus dos catecismos, los cuales alcanzaron para su patria una importancia parecida a la de los de San Pedro Canisio para Alemania (6).

También el docto Maldonado dejó entonces su cátedra del colegio de los jesuitas de París para predicar y catequizar con otros cinco hermanos de religión en el Poitou, una de las regiones más infestadas de hugonotes. Sobre su actividad poseemos circunstanciadas relaciones (7), que nos permiten conocer maravillosamente el estado de espíritu de muchísimos protestantes. Juzgaba Maldonado, que la secta de los hugonotes se había extendido tanto en la capital de la región, Poitiers, sólo porque faltaba instrucción

(1) Fouqueray, I, 545 ss.

(2) Ibid., 535.

(3) Ibid., 536.

(4) Ibid., 537.

(5) Ibid., 543 s.

(6) V. F. J. Brand, P. Edm. Augerio, Cléveris, 1903; El mismo, Los catecismos de Edm. Augerio S. J., Friburgo, 1917.

(7) Maldonado a Borja en 29 de marzo de 1570, en Prat, Maldonat, 577; al colegio de Clermont en 1.º de abril de 1570, *ibid.*, 582 ss.; al cardenal de Lorena en 18 de abril de 1570, *ibid.*, 585 ss.; a Posevino (?) en 10 de mayo de 1570, *ibid.*, 588 ss.

religiosa por culpa del clero; creía él que la gente era hugonote, porque no sabía cosa alguna ni de la una, ni de la otra religión (1). Escribía a Roma que se tenía por señal de ser uno católico el oír la santa misa, pero que mientras se asistía a ella, se rezaban oraciones que había enseñado un predicante calvinista, disfrazado de clérigo católico. Que las conferencias religiosas que daban en Poitiers diariamente mañana y tarde dos de los jesuitas, así como dos lecciones diarias de Maldonado para personas doctas y para estudiantes, lograban una gran concurrencia y producían un «efecto increíble», según el juicio de toda la ciudad. A menudo oían los predicadores decir, que desde hacía diez años las iglesias no habían estado llenas de aquella manera. En Semana Santa acudieron tantos penitentes a confesarse, que los jesuitas no hubieran podido dar abasto a las confesiones, aunque hubiesen sido cincuenta. Muchos volvían a la antigua Iglesia, y algunos de ellos tan de buen grado que se veía claramente que eran herejes por falta de haber quien les enseñase (2). El gobernador de Poitiers ayudó ciertamente a la buena disposición de los ánimos con algunas ordenaciones en favor de la religión católica, pero, según la opinión de Maldonado, por efecto de la guerra estaban tan aburridos de los hugonotes que, principalmente en el pueblo sencillo, muchos deseaban que se diese una orden de hacerse todos católicos (3).

De importancia todavía mayor que la actividad de los jesuitas hubiera sido para la reorganización de la vida católica en Francia la ejecución de los decretos tridentinos de reforma. Pero dada la actitud del gobierno, no había que pensar en esto. Donde Pío V podía mandar por sí mismo, como en Aviñón y en el Venesín, tomó a pechos con el mayor ardor introducir la observancia de los decretos tridentinos. A impulso suyo el arzobispo Feliciano Capitone celebró concilios provinciales en Aviñón en 1567 y 1569 (4), y dispuso una visita de todo el territorio (5). Afanábase el Papa por

(1) Son hugonotes porque no entienden la una religión, ni la otra. A Borja, loco cit., 578.

(2) que se vee claramente que eran herejes por falta de aver quien les enseñase. *Ibid.*

(3) ut omnes haeretici, praesertim populares, nihil aliud optare videantur, quam ut compellantur intrare. Al cardenal de Lorena en 18 de abril de 1570, *ibid.*, 586.

(4) Hay copias de las \*actas en la *Biblioteca municipal de Aviñón*.

(5) Cf. el \*breve al arzobispo de Aviñón, de 17 de julio de 1569, Arm. 44, tomo XIV, p. 150, *Archivo secreto pontificio*.

la reforma de los abusos eclesiásticos aun en medio de los tumultos de la guerra (1). Apenas en 1570 terminó ésta, instó también el nuncio pontificio la celebración de concilios provinciales, conforme a los decretos de Trento, poniendo delante el ejemplo de Italia y España (2). Sobre el impulso que recibió la vida católica, pudo Frangipani ya en el otoño de 1570 comunicar a Roma desde París noticias satisfactorias; aseguraba que en los predicadores y teólogos había mayor celo en defender la religión católica y condenar las herejías (3), y en el pueblo una creciente asistencia a las iglesias. Esto se había manifestado claramente en la fiesta de San Dionisio (4). Cuando a principios de noviembre se celebró en París el jubileo, todas las iglesias estaban como nunca repletas de fieles. El número de los que recibieron los sacramentos de la penitencia y eucaristía, fué tan grande, que parecía que era tiempo de pascua. Los párrocos confesaban que desde hacía cien años no había el pueblo mostrado tanta piedad como ahora (5). Una cosa parecida se observó también en otras ciudades, por ejemplo, en Soissons. En un viaje que hizo Francisco Bramante en noviembre desde París a Mézières, notó en todas partes una disminución de los hugonotes; opinaba que por cada mil católicos no había ahora más que cuatro herejes (6). Las esperanzas de Bramante se aumentaron cuando el cardenal Pellevé le participó en secreto, que Carlos IX intentaba hacer asesinar a Coligny y a algunos otros cabe-

(1) Cf. los breves en Laderchi, 1567, n. 161 s., 1569, n. 192.

(2) V. la \*relación de Frangipani al cardenal Rusticucci, fechada en París a 16 de agosto de 1570, *Nunziat. di Francia*, IV, 18, *Archivo secreto pontificio*.

(3) \*Si vedde hoggidi nei nostri padri et predicatori et theologi tutti un zelo et un animo grande nella difesa della religione catholica et in detestatione di heretici, non solo della dottrina, ma della pace et commertio con essi, tanto che per esperienze, che n'ho fatto in alcuni contrarii, che vi son occorsi, che per gratia di Dio sin qui si son superati tutti, io vi ho trovato tanta constanza, che dico certo, che se il re istesso volesse, non bastarebbe superarla che veramente si vede esser opira di Dio. Carta fechada en París a 3 de octubre de 1570, loco cit., 54.

(4) V. la \*carta de Frangipani, de 8 de octubre de 1570, loco cit., 58.

(5) \*Et per fare un poco di più dolce fine, non voglio di mancare di dire a N. S. per sua consolatione che nell'altra settimana, che si è fatto qui il giubileo, si è visto una devotione et una frequenza di popolo così grande in tutte le chiese in processione et oratione et confessarsi et comunicarsi che è parso veramente la settimana santa e il dì di Pasqua, et i preti parochiali mi han detto di non haver di cento anni memoria di una frecuencia et divotione così grande di popolo. Carta escrita desde París a 6 de noviembre de 1570, loco citado, 72.

(6) V. el n.º 10 del apéndice, *Archivo secreto pontificio*.

cillas de los hugonotes, después de lo cual ¡sus partidarios serían aniquilados en tres días! Escribe a 28 de noviembre, que estas palabras le agradaban; que sin embargo no descansaría hasta que se hubiese revocado la vergonzosa paz de Saint-Germain y los herejes fuesen quemados en todas partes, como en tiempo de los anteriores reyes de Francia (1).

También Pío V quería que se procediese con el mayor rigor contra los herejes, pero no que se quitase de en medio a sus caudillos de un modo ilegal. El embajador español Zúñiga refiere en mayo de 1568, que había oído del Papa, que los gobernantes franceses tenían el plan de dar muerte a traición a Condé y Coligny; pero que el Papa no había ocultado que esto no lo podía ni aprobar ni aconsejar, ni podía conciliarlo con su conciencia (2).

(1) V. la \*relación cifrada de n.º 11 del apéndice, *Archivo secreto pontificio*.

(2) Una cosa que él no podía aprobar ni aconsejar, ni aun le parecía que en conciencia se podía hacer. Relación de Zúñiga, fechada en Roma a 19 de mayo de 1568, *Corresp. dipl.*, II, 372 (en Kervyn de Lettenhove, II, 43 y en las *Lettres de Cath. de Médicis*, IV, xxvi, se pone equivocadamente esta relación en el año 1567).—Sin hacer caso del testimonio de Zúñiga, que anda ya impreso desde 1884, y con entero desconocimiento de todas las obras citadas arriba, p. 119, nota 2, escribe el exjesuíta Hoensbroech en su libelo «El Papado» (tomo I, Leipzig, 1901, p. 204): «El mismo Pío V, que entre los medios para defender el papado admitió el asesinato, tuvo gran parte en la preparación de la matanza de París [la Noche de San Bartolomé]». Para prueba de esto se remite Hoensbroech a las cartas de Pío V a Carlos IX y Catalina de Médicis de 6 de marzo, 13 de abril y 20 de octubre de 1569, relativas al aniquilamiento de los herejes franceses, las que se han citado arriba al narrarse la tercera guerra de religión. Pero entre estas cartas hay también una a Catalina, de 28 de marzo de 1569, en que Pío V exhorta a combatir a los hugonotes abierta y libremente (aperte et libere; Goubau, 155), de tal manera que queda excluido de esta lucha todo fraude e insidioso disimulo. Ya el protestante Türke en su estudio, desconocido asimismo naturalmente de Hoensbroech, indicó esto mismo con la atinada observación siguiente: «No eran por tanto evidentemente cosa suya [de Pío V] artificios y amaños diplomáticos; solía ir a su fin por el camino recto» (p. 17).—Es satisfactorio el ver que Hoensbroech no ha hallado ningún eco entre los investigadores serios de la parte protestante. G. Krüger, al tratar de la disertación de Vacandard *Les papes et la Saint-Barthélemy* (impresa en los *Études de critique et d'hist. relig.*, París, 1905, 217-292), escribe así en la *Revista de literatura teológica de Harnack*, 1906, 382: «No sé si es necesario refutar de nuevo el reproche de que los Papas ejercieron influjo en la preparación de la Noche de San Bartolomé. Vacandard mismo alega el juicio de Soldán, de que las fuentes auténticas suministran la demostración de que los acontecimientos del 24 de agosto se ejecutaron fuera del campo de influencia de la curia, y difícilmente podrá citar un historiador serio que pueda contradecirlo».